2̶7̶ 3

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

JURAMENTO Y GRATITUD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original

DE

FRANCISCO P. RIBES MARCO

Estrenado con aplauso en el teatro de Ruzafa, la noche del 25 de Junio de 1887, á beneficio del aplaudido primer actor de carácter D. J. P. Huarte



MADRID
Cedaceros, 4, 2.º izquierda
1887

JURAMENTO Y GRATITUD

Al Exmo. Sr. Marqués de Aguilar, en demostración del respeto y amistad que le tiene

El Autor

JURAMENTO Y GRATITUD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original

DE

FRANCISCO P. RIBES MARCO

Estrenado con aplauso en el teatro de Ruzafa, la noche del 25 de Junio de 1887, á beneficio del aplaudido primer actor de carácter D. J. P. Huarte



6

VALENCIA—1887
Imprenta de Francisco Vives y C.ª
40, Lauría, 40

A MIS QUERIDOS PADRES

A vosotros, que, en medio de las vicisitudes de esta proterva vida, me habéis inculcado el amor á las bellas doctrinas del bien y del estudio; á vosotros, á quienes además de la vida debo cuanto hoy poseo de conocimientos del corazón humano, os dedico los aplausos que, inmerecidos, han tributado á la primera producción de mi imaginación.

Es una prueba, aunque débil, del cariño y gratitud que os profesa vuestro primogénito

Francisco P. Ribes.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Anita (huérfana, 23 años).	Sra. Estrada.
Elena (esposa de Abdón, 40).	» Pardinillas.
Juana (camarera).	Señorita Marí.
Ribero (Abogado, 25).	Sr. Troyano.
Abdón (hacendado, 60).	» Berenguer.
Luís (hijo de Abdón, 24).	» Martí.
El Doctor (tutor de Ribero, 70). . . .	» Huarte.
Un criado.	» Treviño.

Epoca actual.—La escena en Granada.

ACTO PRIMERO.

El escenario representará una sala lujosamente amueblada, en cuanto sea compatible con una habitación particular, que será la de confianza de Anita.—Puerta al fondo, que comunicará con todas las dependencias de la casa.—A la izquierda (del actor) y en primer término, una puerta que dará entrada á las demás dependencias de Anita, y otra en segundo, á las de Elena.—A la derecha dos ventanas ó balcones recayentes á un jardín.—Muebles del gusto de la época, y entre ellos un velador costurero y sobre él un canastillo con labores y un timbre.—Jarrones con flores.

ESCENA PRIMERA.

ANITA y JUANA.—*Anita sentada ocupada en cualquier labor, y á su lado Juana cosiendo.*

ANITA. ..... Y dí, Juana:
¿Es hermosa la Marquesa?
JUANA. Es su tipo el de una inglesa.
ANITA. ¿Rubia?
JUANA. Color de terciana;
es fea, chisgarabís...
No sé cómo su hermanito
se atreva...

Sensación en Ana, que deja la labor interrumpiendo

ANITA. ¿El señorito?

JUANA. Sí, señora, don Luís.
Que la quiera me interesa;
de ese modo, señorita,
no estará usted tan solita,
tendrá una hermana marquesa.

ANITA. Te interesa!... Tendré hermana!
(Ojalá que ser pudiera!)
Y si al revés sucediera,
díme, ¿qué perdieras, Juana?

JUANA. Perder... nada, señorita.
Ya sabe usted que ayer mismo
despidióme con cinismo,
sin razón, la marquesita.
Solo busco conseguir
deseos del señorito;
que, fiel siempre en donde habito,
á usted sola he de servir:
y he dicho esto, al entender
que, siendo un hermano suyo,
también á usted atribuyo
de sus logros el placer.

ANITA. Goce de sus dichas tengo,
como de sus duelos pena,
soy de sus riesgos almena
y á sus caprichos me avengo.
Pero... no es hermano mío:

Admiración en Juana, que deja su labor

Tú no sabes aún mi historia,
que yo solo á tu memoria
y á tu *discreción* confío.

Juana presta interesada atención

Eran mis padres dos santos,
llenos de resignación:

yo, con infantil pasión
consolaba sus quebrantos.
Varias veces sorprendí
á mi madre que lloraba,
y por más que preguntaba
la causa desconocí.
Ningún achaque turbó
del humilde hogar la paz,
mas vino el cólera audaz
y nuestra estrella truncó.
Un hermano que tenía,
dos años mayor que yo,
del cólera se murió,
matando nuestra alegría:
y por su muerte apenados
y vigilias que sufrieron,
mis padres pronto se vieron
de la peste contagiados.
¡Malos, á la vez, los dos
de tan grave enfermedad,
quedéme yo á voluntad
de la clemencia de Dios!
Cuanto mis gracias prestaban
empleé en aquel momento
como lenitivo incruento,
mas ellos no mejoraban. **Pausa**
Previendo su infausta suerte,
mis padres, en su agonía,
me advirtieron que venía
pronto por ellos la muerte.
Yo, que entonces ignoraba
lo que expresarme querían,
dije si consentirían

fuese á donde les llevaba.
   Mi padre se aprovechó
de mi ignorancia precisa,
y con amarga sonrisa
á mi instancia contestó:
   «Con nosotros te vendrás;
mas, mientras llega el momento,
te reclamo un juramento,
que confío cumplirás.» Pausa
   Su voz penosa y afónica,
y el rostro inmutado y tétrico,
me imprimió un estar maléfico
y tristeza melancólica.
   Quizás de mi madre el alma
ya al cielo había volado,
porque mi padre, azorado
al verla, perdió la calma.
   Hacia ella llorando fué
cuando apercibió el suceso,
y dándola un fuerte beso
la dijo: «¡Te seguiré!»
   Volvióse luego hacia mí,
mostrándome cierto pliego:
«Jura, Anita, desde luego,
que cuanto consigno aquí,
   cuando puedas, cumplirás.»
¡Lo juré de corazón!
Echóme una bendición
y dióme una caja á más.
   ¿Nos vamos ya? pregunté;
mas, como no contestaba,
para ver si le halagaba
en el rostro le besé...

Cual la aroma de una flor
se siente, aprecia y se goza;
cual arroba y alboroza
el trino del ruiseñor;
la complacencia mayor
que á mi infancia enloquecía;
lo que para mí valía
más que el maternal amor;
mi capricho, mi embeleso,
era, puesta en las rodillas
de mi padre, en sus mejillas
imprimir un fuerte beso.
¡Cuánto el alma se impresiona
del cambio de vida á muerte!
¡Cómo la materia inerte
á la infancia desazona!
Todo mi alborozo y dicha,
trocóse en tristeza y miedo:
rompí á llorar, y el remedo
de mi voz fué contradicha.
Grité más, y más gritaron;
corrí al azar, me seguían;
mis fuerzas... desfallecían,
y mis ojos... se nublaron. Pausa
Por fin, vinieron dos hombres,
que á mis padres, demacrosos,
se llevaron silenciosos,
apuntando antes sus nombres.
Entonces ya comprendí
mi indigencia y mi orfandad:
temí aquella soledad
y de casa me salí.

JUANA. ¿Y la cajita y el pliego?

ANITA. Con veneración los guardo,
mas temo contenga un dardo
que me comprometa luego...
Luego?... Hoy, hoy es el día
que caja y pliego han de abrirse,
y presagio ha de fundirse
toda la esperanza mía. *Pausa*
¿Asiste Luís con frecuencia
de la Marquesa á la casa?

JUANA. Amenízala sin tasa
diariamente su presencia.

ANITA. Hasta que de esta campana
Con demostración de celos
el timbre sonar no oyeres,
haz por la casa quehaceres;
deseo estar sola, Juana. *Vase Juana por el foro*

ESCENA II.

ANITA.—*Habrá quedado de pié é inmóvil, sumida en amarga reflexión.*

De una Marquesa buscas el halago,
escarneciendo, Luís, las esperanzas,
que hiciste concebir, é ingrato lanzas
á esta pobre mujer á un mar aciago.
Solo es mi porvenir seguro estrago,
que he de sufrir por gratitud, que debo,
y he de aguantar este martirio nuevo,
que me lleva á la muerte que le pago.
¡Cuánta contrariedad en un momento!
solo faltara que al abrir la caja

encontrase encerrada mi mortaja
cual precepto fatal del juramento,
ó que fuera á llorar en un convento
de mi familia la exijencia santa.
Oh!.. qué trance, Luís!... pienso y me espanta
un destino tan negro, tan cruento!

Se deja caer en un asiento, reflexiona, y como afirmándose en su idea, hace un signo afirmativo, y continúa:

¡Es un volcán que arde en mi cabeza!
Oh! Sí, sí!... *Juramento y gratitud!...*
Hé aquí el lema que hermana mi virtud
y va á morir cuando á lucir empieza!...
Tengo un presentimiento, una certeza
que en los *dos* á la vez no cabe palma,
y embota el corazón, me amarga el alma
y derrama en mi pecho la flaqueza!

Se abisma abatida y dolorida, cubriéndose el rostro con las manos. Al propio tiempo aparece Luís en el foro.

ESCENA III.

ANITA *y* LUÍS.—*Al aparecer Luís en escena, quedará en segundo término, fija la vista en Ana, á la que se referirá en todo cuanto dice hasta que se presente á ella.*

Luís. (No sé qué fuerza me induce
á doblegarme ante tí:
no sé qué pasa por mí,
ni qué poder me seduce;
tu vista en mi sér produce
el éter de bienandanza;
mas la experiencia me alcanza

que no he de ser tu marido:
no es matrimonio admitido
tu pobreza y mi pujanza.)

ANITA. (¡Jesús, cuánto tarda hoy!)

Enjugándose las lágrimas

LUÍS. (Este caso ya me arredra:
no es mi corazón de piedra
y á declarar mi amor voy.
Qué espero? Resuelto estoy;
y aunque este afecto no cuadre
á la aspiración de madre,
yo de mi empeño no cejo,
que éste me dicta el consejo,
y éste es ahora mi padre.)

Estos dos últimos versos lo dice señalando el corazón. Alto y adelantándose resuelto:

Anita, ya estoy aquí
para hacerte compañía.

ANITA. Con amargura, amor y reconvención.

Que no llegabas creía.

LUÍS. Y eso te disgusta? Sentándose á su lado.

ANITA. Afectando indiferencia. Sí.

LUÍS. ¿No habrá perdón para mí?

ANITA. Ya que así lo solicitas,
te perdono.

También indiferente, pero tendiéndole la mano.

LUÍS. Así acreditas Tomándola y besándola.
tener alma celestial.
Por ese perdón cordial
que de mi falta ejercitas,
escucha con atención
un cortísimo relato,
origen y fiel retrato

de purísima pasión. Pausa.

ANITA. Comienza tu narración.

LUÍS. En un lugar solariego,
niños, sin pasión ni fuego,
por vez primera nos vimos,
y alegres nos convertimos
en compañeros de juego.
Vino á ser estrecho lazo
de aquel dichoso suceso,
un límpido y fresco beso,
un tierno y profundo abrazo,
que escondido en el regazo
de mi pecho, en él produjo
lo que el pequeño dibujo
del arbusto en la corteza,
que cuando á medrar empieza
también se agranda á su influjo.
Aquellos dulces sonidos
que á mis tímpanos llegaron
cuando alegres se encontraron
nuestros labios reunidos,
aún están en mis oídos,
y aunque frases no articulan,
paréceme que modulan
en mi joven corazón
nombres de hermosa pasión
que en su cavidad pululan.
Aquella frescura innata,
que en nuestros labios se halló,
en mi sér se transformó
en vivísima fogata
que el sentimiento dilata,
y aquel dibujo pequeño,

mi presentir halagüeño,
y esas voces que no callan,
constantemente avasallan
paz y descanso en mi sueño.
Es extraño, no es verdad?

ANITA. No comprendo cuanto has dicho.

LUÍS. Pues no es un vano capricho,
y sí grave enfermedad.

ANITA. ¿Qué causa esa gravedad?

LUÍS. El ser mi daño moral,
cuyo efecto es colosal,
y el que, con razón se opina
que médico y medicina
son un solo sér formal.

ANITA. ¿Y es la enfermedad?...

LUÍS. Amor.

ANITA. Y ese sér formal? Con interés

LUÍS. Anita.

ANITA. (Está mi desgracia escrita?...
Dios proveerá... valor!)

LUÍS. Contéstame, por favor:
puedo ambicionar el sí? Con amor

ANITA. No. Con sequedad

LUÍS. Y me contestas así?

ANITA. Hay un abismo profundo: Levantándose
la murmuración del mundo
y un juramento que dí.
Con amargura y énfasis
Por tu parte tal promesa
no pienses, Luís, cumplir:
vales más... debes pedir
la mano de la Marquesa.

LUÍS. (Ah!... Juana!)

ANITA. Vaya una empresa!
Sería una inconveniencia,
hermanar tanta opulencia
con huérfana desvalida,
que vive siempre ceñida
al deber de su indigencia.
Además...

LUÍS. Óyeme, Anita.

ANITA. Ese lazo de cariño,
que me infiltraste de niño,
más grande que el que te cuita,
aquí en mi seno palpita
insensual é inmesuro,
indestructible y seguro.

LUÍS. ¿Y podrás á otro querer
y mi desgracia tejer?

ANITA. Jamás... jamás!... te lo juro!

Al pronunciar las últimas palabras, entra D. Abdón y les sorprende

ESCENA IV.

Dichos y ABDÓN.

ABDÓN. Á Anita, en tono dulce y familiar
Más compromisos creamos?...
Un juramento no basta?...
Mala senda caminamos
si en promesas eres vasta.
Sabes ya que á cuanto juras
has de dar satisfacción.
Vaya un modo que procuras...

ANITA. Te daré una explicación.

ABDÓN. Conmigo no has de argüir.
¿Cómo un juramento empeñas
si existe otro por cumplir?
¿Es que el primero desdeñas?

ANITA. Nunca!

ABDÓN. Entonces...

ANITA. Yo creía,
que siendo, como lo es, santo,
y el amor fraterno guía,
no encerrara gran quebranto...

LUÍS. Interrumpiendo
Dejemos este argumento
y vayamos al asunto.
¿Te gusta este casamiento? A Abdón

Anita vá á hablar, pero Luís no le deja, diciéndola:

A nuestro padre pregunto.

Contrariedad é impaciencia en Anita

ABDÓN. A mí?... no lo encuentro mal.
Mas tu madre...

LUÍS. Qué te importa!...
Si tú quieres...

ABDÓN. No haya tal,
pues que importancia reporta.
Pero, en fin, dejad obrar;
cumpla Anita el juramento,
pues que tiempo ha de sobrar
para hablar del casamiento.
Ya os he dicho mi opinión
y ella no os ha de faltar:
la sensatez y razón
son las que os han de ayudar.

Luís demuestra regocijo

ESCENA V.

Los mismos y ELENA.

ELENA. ¿Es asunto de importancia
el que tratábais?
ABDÓN. Pues... nada.
ELENA. Una cuestión delicada (A Abdón)
quiero explicarte en sustancia.
(A Luís) En tu habitación espera: (Vase Luís)
(No conviene su ingerencia.)
(A Anita) Anita, de tu presencia
que nos privaras quisiera. (Vase Anita)

ESCENA VI.

ELENA *y* ABDÓN.

ABDÓN. Elena, ¿qué es lo que pasa?
ELENA. Por lo que á todos os dije,
fácilmente se colije
á quién se espera hoy en casa.
Pronto llegará el letrado,
y antes necesito, Abdón,
demandarte protección
para asunto meditado.
Cuento que imposibilita
mis proyectos ulteriores,
que se cambien en amores
afectos de Luís y Anita.
Apoyo con regocijo,

y no desmayo en la empresa
de casar con la Marquesa
nuestro muy querido hijo.
Y comprendiendo á la vez
que hay una necesidad
de hallar con sagacidad,
con amaño y sin doblez
un marido para Anita,
su valía referí,
y al letrado prometí
darla una dote bonita.

ABDÓN. Mal en prometer hiciste
y más en apadrinar
lo que puede acarrear
un desenlace asaz triste.
Pues qué, ¿eres árbitra, acaso,
de las pasiones de Anita?
¿Que el amor así se quita,
se pone ó se hace un traspaso?
Por mí no coartaré
á una ni otro su albedrío.
¡Tus planes no contrarío,
pero cuenta exigiré!

ELENA. Cuanto yo hago está bien hecho,
y nadie cuentas me pide.

ABDÓN. ¿Es que quieres consolide,
ya sea tuerto ó derecho,
cuanto hiciste?

ELENA. ¿Cómo no,
si es un deber de marido?

Pausa. Abdón demuestra enfado, pero se contiene y dice con calma y energía:

ABDÓN. Es muy áspero el tañido
de tus fibras, si no, yo,

como padre y como esposo,
te explicaría deberes
á que ímpetus moderes
buscando paz y reposo.

ELENA. ¿Acaso no es mi deber
el procurar por mi hijo?

ABDÓN. Sí.

ELENA. Entónces, pues, no colijo
tan extraño proceder.

ABDÓN. La mujer en sus acciones
predomina el sentimiento,
mas nunca el convencimiento
es base de sus pasiones.

ELENA. Tengo decidido empeño
en conseguir mi propósito,
y creo que tu pronóstico
es hijo solo de un sueño.

ABDÓN. Tú sí que eres la que sueñas.

ELENA. Mejor, mejor: dejamé (Con energía y enfado)
que mi plan terminaré.

ABDÓN. Hace un signo de desprecio y vase diciendo aparte:
(Ni á una ni otro domeñas!)

ESCENA VII.

ELENA *y* ANITA, *que viendo á su madre triste, la besa con mimo.*

ELENA. ¿Te hallas resuelta á cumplir
el juramento que diste?

ANITA. Mi pecho nunca desiste
de cuanto llego á decir.

ELENA. Un abogado de trueno,
aunque en leyes es novel,
¡nadie más gallardo que él,
muy atento, afable y bueno!,
por una casualidad
se enteró hace pocos días,
no sé por qué medio ó vías,
de tu estado y orfandad.
Como á piedad es atento,
háme hecho alguna visita,
y conoce de mi Anita — Con mimo
sus virtudes y talento.
ANITA. ¡Qué cosas tienes, mamá!
ELENA. Es Ribero el tal letrado:
recíbele con agrado,
que muy pronto llegará.
Ayer tarde á ese señor
tu negocio encomendé
y la caja le entregué — Sensación en Anita
de que es Abdón sabedor.
Y hoy, que vas á conocer
por boca del abogado
el juramento prestado,
todo lo debes saber.
Si ese célebre Ribero
tu mano á pedir llegara...
la respuesta está muy clara...
ANITA. La niegas al caballero.
ELENA. De madre en mi posición,
atenta siempre á tu bien,
no trataré con desdén
tan ventajosa ocasión.
ANITA. Ese cariño entrañable,

que por mí dices tener,
márcame fijo el deber
de gratitud inmutable.
Cuando pequeña, vagaba
por este mundo inhumano,
y me tendiste la mano
que mi sér al tuyo traba.
Tu *esclava* me convertí
y dediqué mis sentidos:
desde entonces, siempre unidos
por mis padres y por tí,
dos sentimientos se anidan
dentro de mi corazón,
que áun del tiempo la sazón
no logrará se dividan.

ELENA. ¿Piensas tú que te adopté — Con mimo
para hacerte esclava mía?
Que nadie de ello se engría;
con ese móvil no fué.

ANITA. Pues que en libertad me dejas
para escojer mi destino,
voy á mostrarte mi sino:
no me riñas, si te quejas. — Pausa
Al anochecer de un Mayo,
de flores el prado lleno,
luciente el cielo y sereno,
formando de azul un sayo,
argentina luna llena
contemplando absorta estaba
junto al pinar de la *aljaba*
de nuestra quinta *Agarena*.
De pronto hirióme el oido
un trueno estridente y seco,

que, de cima á cumbre, el eco
fué perdiendo su estampido.
Dormíme sin duda alguna,
porque me encontré otro cielo:
era un negro terciopelo
sin estrellas y sin luna.
La senda, aljaba, palacio...
todo envuelto en sombra oscura:
era el suelo sepultura,
y por sudario el espacio.
De aquella tumba de espectro
Luís sacóme oportuno,
y desde entonces le aúno
voluntad, gracia y afecto.
A la gratitud soy fiel,
yo en la mente lo deploro,
aunque si le amo ignoro:
mas mi voluntad es de él.

ELENA. Basta: si Luís llega á creer
que tú ese afecto le tienes;
si tú el amor no contienes,
te harás de mí aborrecer.

ANITA. Es el amor tal pasión,
que se engendra natural,
es, único y personal,
é incapaz de variación!

ELENA. Anita, aunque no te cuadre,
si él te sacó de la tumba,
yo haré que en ella sucumba
ese amor nefasto...

ANITA. Madre!
En el sitio do nació
dormido y fiel posará,

y cuando muera será
que habré fallecido yo!
No te importe mi sufrir,
puesto que á tí pertenezco:
mi amor á nadie lo ofrezco,
déjalo intacto morir.
Si hay entre ambos un abismo
y tu opinión nos separa,
yo mataré cara á cara
de Luís su fatalismo.

Va á abrazar á Elena, pero ésta la rechaza.

ELENA. No hay disculpa ni razón.
Cuando ante Ribero estés,
le tratarás muy cortés.
Ahora... á tu habitación. *Vase Anita.*

ESCENA VIII.

ELENA *y* JUANA.

JUANA. El señorito Ribero
que le anuncie me ha encargado.
ELENA. (A buena hora ha llegado!)
Hazle que pase ligero. *Vase Juana foro*
(Qué atónita me has dejado!)
(Anita!... qué ingratitud
y qué premio á mis desvelos!
Pagas con desdén y duelos
de inmensurable acritud
un torrente de consuelos.
La acción de madre acabóse,
hoy entra la de tutora;

veremos si plañidora
cuando el desprecio te acose
me atiendes mejor que ahora.)

ESCENA IX.

ELENA *y* RIBERO.

RIBERO. A los piés de usted, señora.
ELENA. Hónrome con su visita.
RIBERO. Cómo sigue doña Anita?
ELENA. Como siempre, encantadora,
aunque hecha una eremita.
RIBERO. Debéis distraerla más,
hacer que sus gracias brillen,
que á la envidia maravillen,
que no se apaguen jamás
y á la más hermosa humillen.
ELENA. Que la quiere me parece,
y me complazco por ella.
RIBERO. Es porque siempre fué bella
la virtud que la enaltece,
la sencillez que destella.
ELENA. Despacio la tratará
y admirará su talento.
RIBERO. Es preciso que al momento
termine esta duda ya:
lo reclama el juramento.
ELENA. Respondo, señor Ribero,
del amor que hacia usted siente;
mas yo no creo prudente,
ni de interés considero,

le dé el sí inmediatamente.

Abdón aparece oyendo, sin entrar en escena

RIBERO. Entiéndalo, doña Elena:
el *sí* de la novia hoy,
mañana su esposo soy,
y terminada la escena,
del asunto razón doy.

ELENA. No obre con tanto arrebato,
que aunque á usted Anita quiere,
es menester considere
que falta el roce del trato,
y el asunto lo requiere.

RIBERO. Termino, pues, mi visita.
Siete días doy de plazo:
á su vencimiento emplazo
la mano de doña Anita,
y para entonces... me enlazo!

Vá á despedirse de Elena, pero entonces aparece Abdón, y Elena, viéndole, lo presenta á Ribero, como sigue:

ESCENA X.

Dichos y ABDÓN.

ELENA. Con mucha reserva á Ribero:
¡Mi esposo! Á Abdón: El señor Ribero,
de quien antes ya te he hablado.

ABDÓN. Beso la mano al letrado.

RIBERO. Dios le guarde, caballero.

ABDÓN. Puede sentarse á mi lado. Se sientan
¿Conoce usted ya el asunto?

RIBERO. No lo creo de entidad.

ABDÓN. Es que, por casualidad,

me he enterado, así en conjunto,
de su gran precocidad.
Siento mucho que en mi casa
á mi esposa haya faltado,
y de un lenguaje haya usado
tan exijente y sin tasa...
que no cuadra á un abogado.

RIBERO. Tengo educación bastante
y la prudencia me ayuda:
si en contestación sañuda
usara de igual talante,
su lengua quedara muda...
Pero no tema usted nada,
que tengo mucha paciencia.
Es una mala avenencia
mejor que, ejecutoriada,
una muy buena sentencia.
No se canse, don Abdón:
Dios los papeles reparte;
tengo exclusiva á mi parte
toda entera la razón
y no vale enfado ni arte.

ABDÓN. Es una baladronada
que justifico á seguida.

Al pronunciar la última frase, toca el timbre

ELENA. Espera, Abdón; yo te...

ABDÓN. Cuida
de estarte quieta y callada.

ELENA. (Voy á quedar bien lucida.)

ABDÓN. *A Juana que aparecerá en el foro*
A la señorita llama.

Vase Juana por la puerta primera izquierda

ELENA. ¿Pero es que estás loco, Abdón?

ABDÓN. Si he perdido la razón...
y la prudencia... y la fama...
soy todo entero un baldón.

RIBERO. Conste que yo no provoco
aquesta rivalidad:
busco la fraternidad,
mas no rehuyo tampoco
cuestiones de dignidad.

ESCENA XI.

Dichos y ANITA.

ABDÓN. Este es el señor letrado Á Ana

Ana y Ribero se saludan

que tus documentos tiene,
y que á darte cuenta viene
del juramento prestado.

RIBERO. Pésame, y siento en el alma,
que un asunto de importancia
venga, con intemperancia,
sin la necesaria calma.

ABDÓN. Dejémonos de rodeos:
explique su encargo á Anita
ó vamos por la cajita
y basta de regateos.
Anita no quiere á usted.

ANITA. ¿Quién ha dicho que le quiero?

ABDÓN. ¿Oye usted, señor Ribero?

Asombro en Ribero, que mira á Elena como interrogándole, pero ella baja la vista avergonzada

RIBERO. Tenga usted calma. Atended:

Lejos de su vecindad,
un opulento banquero,
sin un forzoso heredero
y ya en plena ancianidad,
enfermó de gravedad;
y odiando á su parentela,
á su testamento apela,
que ante un notario otorgó,
y heredera proclamó
de doña Ana á su abuela.
Pero un pariente ocultó
la copia del testamento,
y con maña, en un convento
á la heredera encerró:
y obtuvo y se proclamó
heredero ab intestato,
y detentó el insensato
los bienes que aquél dejara,
que era su codicia avara,
sin conciencia y sin recato.
Ya por imprudencia vana,
ó quizás por ignorancia,
dejó con vida, en la infancia,
á la madre de doña Ana;
mas voluntad soberana
enteró, por un portento,
del oculto testamento
y de la herencia á su madre:
y, á rescatarla, hizo el padre,
que prestara juramento.

ELENA. ¿Y del relato la prueba?

RIBERO. Es completa y fehaciente.
Se cansan inútilmente:

tan pronto el pleito promueva,
no hay que dudarlo, lo gana.

ELENA. ¿Y quién tiene, á la sazón,
esos bienes?

RIBERO. Cojiendo el sombrero y en actitud de irse: Don Abdón!

D. Abdón se abisma abatido, cubriéndose el rostro con las manos. Elena cae en una butaca, algo desvanecida. Ribero se dispone á marchar, y acercándose á D. Abdón le dice:

Ó su miseria... ó doña Ana.

Vá á marchar, pero al llegar á la puerta del foro le detiene Luís, que entra.

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en la misma sala que el acto anterior, si bien procurará dársele, por efectos de luz, un carácter algo triste. En el momento de levantarse el telón estará Juana terminando el aseo de la habitación. Al propio tiempo aparecerá el Doctor, que preguntará desde la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA.

JUANA *y el* DOCTOR.

DOCTOR. ¿Está en casa Don Abdón?
JUANA. Desde ayer que aquí no habita.
DOCTOR. ¿Y la señorita Anita?
JUANA. Se encuentra en su habitación.
Es temprano: aún no recibe.
DOCTOR. ¿Y el Abogado tampoco?...
JUANA. Ese vendrá ya muy poco,
porque...
DOCTOR. ¿Quién se lo prohibe? Adelantando
JUANA. Con doña Ana se empeñó
casarse; sin duda alguna
para adquirir su fortuna,
y la mano le negó.

Yo no sé qué sucediera
sobre cuestión de una herencia,
y con bastante imprudencia
prodújose como fiera.
De todo, fué el resultado
con Don Luís un desafío.

DOCTOR. (No me abandones, Dios mío,
puesto que á tiempo he llegado!)
¿Y con sus padres no habita? *Con intención*
¿Cómo es que solos se fueron?

JUANA. Del cólera se murieron:
es huérfana doña Anita.

DOCTOR. (¡No cabe duda, Dios mío!)
Tú, que estás tan enterada,
¿sabes la hora proyectada...
que han fijado al desafío?

JUANA. Hora... las tres de la tarde.
Digo, yo así lo entendí
cuando riñeron aquí.

DOCTOR. Infames... la sangre me arde!

JUANA. Es usted su padre?

DOCTOR. No...
pero como si lo fuera.
(Qué idea!... si consiguiera!...)
¿Sabes tú quién sea yo?

JUANA. ¿Cómo... si usted no lo dice?

DOCTOR. Soy Doctor en Medicina,
y aquí el cielo me destina
para que algo cicatrice.
Quiero ver la señorita.

JUANA. No es posible, caballero. *Ligera pausa*

DOCTOR. (¿Y dónde estará Ribero?)

JUANA. Vea usted si el lance evita.

DOCTOR. Marchándose y terminando casi á la puerta del foro:
(¡Oh... humanidad!... ¡Oh, pasión!
Ricardo, ¿qué estás buscando?
El puñal vas afilando,
que me parta el corazón.)

ESCENA II.

JUANA *y después* CRIADO.

JUANA. Parece un loco el Doctor
y la imagen del pesar.
¡Vaya usted á averiguar
qué querría ese señor!
¡Ay, qué belén, qué belen
se ha metido en esta casa!
Entran disgustos sin tasa,
Aparece el Criado en la puerta del foro
y tras ellos el desdén.
Vuelve la cabeza y ve al Criado que la llama con la mano
Pasa, hombre, no tengas miedo:
figúrate que estoy sola.
CRIADO. (¡Y de color de amapola!...)
Qué pasó?... saberlo puedo?
JUANA. Mira qué curioso el niño:
cumple con tu obligación.
CRIADO. Y dale con el sermón:
¿qué no tienes más cariño?
JUANA. Más que tú de camarero.
Ahora á decirte iré yo
lo que en casa sucedió:
no eres mal gacetillero!

CRIADO. Y dale con el sermón.
JUANA. Pues no, á enterarte iré
de todo lo que yo sé. *Pausa*
¡Dios mío, y qué situación!
Acercándose á él y con mucho misterio
Ha de pasar, al momento,
toda la hacienda, enterita,
á la señorita Anita
por causa de un juramento.
CRIADO. Es grave lo que aquí pasa:
ni que cantes ni que llores,
te hacen cambio de señores
sin despedirte de casa.
Y hecho tan sencillamente: *Con intención*
«que enganche un tronco el cochero,»
llegan casa el señor Quero
y allí quedan buenamente.
JUANA. Tú crees sucedió así?...
Hombre... qué ha de suceder!
Vamos, lo vas á saber,
pero te lo callas.
CRIADO. *Acercando su oído* Sí!
JUANA. Allí desmayada estaba
doña Anita, cuando entré,
y la señora... no sé
qué injurias la propinaba.
El señor, muy erudito,
la defendía... Riñeron,
y gracias que intervinieron
don Miguel y el señorito.
«Juntas no podéis estar,»—
exclamó el señor, airado—
«Vámonos, ya se ha acabado:

»vaya! á otra casa á habitar!»
Doña Anita se humilló,
lloró como Magdalena,
pero terca doña Elena
á la pobre motejó.
Entonces el señorito
prometióle á doña Anita...

CRIADO. Y fué como agua bendita.

JUANA. Aún hay más: vé despacito.

ESCENA III.

Dichos y ABDON.—*Éste sacará una escritura, que dejará encima del velador, al pronunciar Juana el último verso. El criado saluda y vase medroso.*

ABDÓN. Juana!

JUANA. Ah!... Jesús, qué susto!
Estaba tan distraída...

ABDÓN. La señorita?...

JUANA. Abatida
y algo enferma del disgusto.

ABDÓN. Pero en cama?

JUANA. No señor;
se está levantando.

ABDÓN. Bien.
Procura ser su sostén
y aminorar su dolor.
Ya que el destino azaroso
hoy me aleja de su lado,
sé tú el eco reflejado
de mi corazón celoso;

sé tú el ángel tutelar
de esa pureza inocente;
sé el incienso que alimente
de su virtud el altar.
Si cumples bien mi consejo,
serás su bálsamo ansiado...

JUANA. Puede vivir descansado,
que en cuanto emprendo no cejo.

ABDÓN. Yo también veré si puedo...

Suena dentro una campanilla

JUANA. Me llama la señorita.
Anunciaré su visita:
con su permiso. *Vase*

ABDÓN. Aquí quedo.

ESCENA IV.

ABDÓN *solo.*

Corazón!... quién te desdeña?
Presunción!... quién te escarnece?
Bien haya el que os enaltece
y en ilusiones no sueña!...
La dicha... dicha!... dó está?
En pos de ella caminamos
y solo al fin alcanzamos
lo que la carencia dá.
La vida!... ¡mar tormentoso
con la esperanza por faro!...
El porvenir!... ¡un avaro
que se chupa hasta el reposo!
Yo no llego á comprender

lo que en mi cerebro pasa...
en la fiebre que le abrasa
pierde el tino y pierde el sér.
Todo en su centro se agita:
el gozo dura un minuto:
y solo la pena... el luto,
tiene existencia infinita.
En vano piensa mi mente:
nada puede colegir,
porque el terrestre vivir
es el soplo de un demente.
Tras la paz viene la guerra;
tras la alegría el sollozo,
y en obscuro calabozo
al hombre libre se encierra.
La dicha en humo se invierte,
el sosiego se evapora,
y á la vida halagadora
falaz la sigue la muerte.
¿Qué podemos esperar
del destino incomprensible,
si lo que hoy es risible
hace mañana llorar?

Dirigiéndose al cielo

Y ante este escollo sombrío,
en que mis fuerzas se estrellan,
solo viven y resuellan
para gritarte... Dios mío!

ESCENA V.

ABDÓN *y* ANITA.—*En el rostro de Anita se reflejará el pesar y resignación.*

ANITA. ¿Qué tétrico pensamiento
así te tiene sumido?
ABDÓN. Creo, Anita, que he perdido
placer y conocimiento.
ANITA. Yo también no sé qué siento,
ni tampoco en qué me fundo;
mas paréceme que el mundo
es traición, torpe falsía,
en que el grano de alegría
está de acíbar circundo.
Doquiera mi mente huye,
mil pensamientos le asaltan;
las fuerzas noto me faltan,
y un maleficio me influye,
que en mi corazón imbuye
gota á gota amarga hiel!
ABDÓN. Es este mundo un bajel,
siempre próximo á encallar;
¡y es tan fácil naufragar
en barco sin timonel!...
ANITA. Apenas la planta poso
en la escala de la vida,
me encuentro de pena herida
y obstruye mi ascenso un foso.
ABDÓN. Te páras, y en Dios glorioso
pones tu fe y esperanza;
si salvas, gloria y loanza;

bendícele si falleces;
que, si premio te mereces,
Él juzgará en su balanza.
Así, pues, nunca te absorte
de este mundo el desengaño;
yo, más viejo, no lo extraño,
porque otro es mi rumbo y norte.
Dispensa que así te exhorte
sirviéndote de modelo...
El mundo es constante duelo
escondido en la ventura:
ella, en su forma más pura,
no está aquí, sino en el cielo!
Cumplamos, pues, cual debemos,
demos su curso al destino,
que en la meta del camino
el fruto recojeremos.
En los instantes supremos
en que nos rinde el dolor
demos pruebas de valor,
que nunca el fuerte perece
si en fe y esperanza crece.

ANITA. ¡Óigate Nuestro Señor! Pausa

ABDÓN. Anita, en esa escritura
te cedo todos mis bienes;
con ello pagados tienes
tus derechos con usura.

ANITA. ¿Se ha contado, por ventura,
conmigo en ese contrato?
Yo sus efectos no acato.
¿Quién te priva su disfrute?
Dispénsame que te impute
un exceso de arrebato.

ABDÓN. Escúchame un poco, Anita:
Cuando errante y sin consuelo
por este protervo suelo
te arrastró desgracia cuita;
cuando á tu pena infinita
no encontrabas lenitivo,
yo, cual siempre compasivo,
por hija te recojí,
y á tu pecho devolví
la ansiada rama de olivo.
Una caja recibí
sin llave ni cerradura,
lacrada en su ensambladura,
é, inconsciente, prometí
cumplir lo que hubiera allí:
ni tu edad lo permitía,
ni jamás me presumía
la entidad del documento,
que, á saberlo, cumplimiento
le diera desde aquel día.
Sé y entiendo, y no me pesa,
que cuanto yo poseía
tu herencia constituía.
Cumpliendo, pues, mi promesa,
tienes ya sobre esa mesa
la copia de la escritura
que tu derecho asegura.

ANITA. Pues obraste muy ligero:
conoces y sabes quiero
tener la conciencia pura.

ABDÓN. Escucha la causa franca:
Ribero ha dicho,—villano—
ó que le entrego tu mano

ó que la honra me arranca.
De sus cábalas, palanca
son tus bienes, que detento;
por eso, á tu bien atento,
á él sin armas he dejado,
y aunque huérfana has quedado
estás libre de ese evento.

ANITA. ¡No consiento yo tal cosa!
ABDÓN. No lo ruego, ¡te lo mando!
ANITA. ¡Ay, padre... me estás matando!
ABDÓN. ¡Te estoy haciendo dichosa!
ANITA. ¡Estás labrando la losa
con que mi tumba cubrir!
No puedo, padre, admitir...
ABDÓN. Te encuentras muy agitada:
resuélvelo mesurada...
ANITA. (¡Solo me resta morir!)

Abdón hace un movimiento para marcharse, pero Anita le detiene y dice:

Padre!... padre!... Tono suplicante
ABDÓN. ¿Qué me quieres?
ANITA. ¡Ah, por Dios no me abandones!
¡no con tu ausencia ajirones
este corazón, que hieres!
Es menester que atrincheres
el manantial de mi amor. Impasibilidad en D. Abdón
Padre!... por Dios!... por favor!
¡En este trance apurado
debes estar á mi lado!...
¡Que no tengo protector!
ABDÓN. Aunque se desgarre el mío, El corazón
hija, no puedo quedarme.
ANITA. ¿Es que quieres sepultarme?

¿Quieres ver mi cuerpo frío?

ABDÓN. (¡Oh, Señor!... y mi albedrío?
¿Por qué á esta lucha me entregas?...
Y Elena?...) No: en vano ruegas.

ANITA. ¿Y me abandonas así?...
¡Ah, tú no te vas de aquí!
¿Es que el cariño me niegas?

ABDÓN. (¡No hallo bálsamo á mi cuita!)

ANITA. Por Dios, padre!... compasión!

ABDÓN. (Oh, qué lucha!... corazón!...
conciencia!... conciencia!... grita!...)

En arranque doloroso y desesperado se desprende de los brazos de Anita y vase apresurado. Anita cae de rodillas, diciendo:

ANITA. ¡Oh... Virgen santa bendita! Pausa

Levantándose apresurada.

No desmayo en mi actitud;
y en esta vicisitud
al mundo debo mostrar
que también puedo pagar
mis deudas de gratitud!
Sumido en la nada?... No!...
Quien ha enjugado mis llantos,
quien por mí sufrió quebrantos
cuando pobre me adoptó;
al que noble abandonó
la propiedad que tenía
cuando supo que era mía,
verle hundido en la miseria?...
Fuera yo toda materia
si ingrata le fuese un día.

ESCENA VI.

ANITA y JUANA.

JUANA. Señorita... el desayuno
ya preparado lo tiene.
ANITA. No lo quiero; si alguien viene,
hoy no recibo á ninguno. Vase

ESCENA VII.

JUANA y RIBERO.

JUANA. (Es situación aflictiva). Dirigiéndose á Anita
RIBERO. Anúnciame á tu señora.
JUANA. Usted lo que pasa ignora:
si se fué en definitiva.
RIBERO. Doña Anita?
JUANA. Ah!... no señor.
Está enferma y no recibe.
El médico lo prescribe:
ya vé...
RIBERO. Soy su defensor.
Juana hace signo de impasibilidad
Pues ruego con eficacia
le trasmitas mi expresión
de respeto y afección
y que siento tal desgracia.
Reteniéndola al irse
También agradecería
digas á tu señorita

que es de interés mi visita.

JUANA. *Indica á Ribero que se siente*

(Jesús, qué palabrería!) *Vase*

ESCENA VIII.

RIBERO *solo.*

Intervendrá Luís?... ca!... Doña Elena
le retendrá en sus faldas con anhelo
para que deje de acudir al duelo,
que en su amor maternal ella condena...
y esta carta... en Anita desenfrena
su odio á mi rival, ya que su madre
me ha contado á escondidas de su padre
que una marquesa su cariño apena.
No sirve, don Abdón, la intolerancia,
que hay interés, empeño y entereza
y volumen de argucia en mi cabeza
para dejar domada tu arrogancia.
Queda en dilema envuelta tu jactancia:
O sirves en mi amor de medianero,
O, en litigio, te llevo al derrotero
do sucumba tu honor solo á mi instancia.
Ja... ja... ja... Me has tratado de villano,
pobre viejo!... A mis plantas de rodillas
deponer has tus púdicas rencillas
y tú me entregarás la ansiada mano:
en balde en este asunto me devano
confiada su marcha á la corriente,
que la impele veloz el aliciente
de arrastrar un dilema y no un arcano.

Paseándose con aire jactancioso

Las ondas de la mar embravecida
azote son en su vaivén horrendo
del marino inexperto, que, á su estruendo,
la nave deja y el timón descuida;
pero el piloto, que la nave embrida,
y de una fuerte embarcación dispone,
al choque de la mar su arrojo opone
y encuentra siempre salvación cumplida.
Y la razón legal es mi navío;
la honra de don Abdón el cargamento;
velamen es de Anita el juramento,
que á todo trapo al vendabal arrío;
es mi timón de Elena el albedrío,
y escollos... ilusas sombras de amores...
No pueden los auspicios ser mejores
y al puerto arribaré sin un bajío.
¿Qué es la victoria de campal batalla?
La audacia, la estrategia y la potencia:
nunca miedo, desidia ni prudencia.
Do la astucia se mueve, allí se halla,
escueta de peligros y de valla,
radiante del obtento la corona:
siempre fué la impericia, temerona;
el genio, luz; la obcecación, pantalla.

ESCENA IX.

RIBERO *y* JUANA.

JUANA. Me encarga la señorita
diga á usted, señor Ribero,
que su mal es pasajero

y que aprecia la visita.
Si usted volviera más tarde
se lo agradeciera mucho.

RIBERO. Con señoras nunca lucho,
y de ello hago siempre alarde.
Dila que puede esperarme,
y esta carta entrégala. *Dándola*
(Y, cuando vuelva, ojalá
que su estado á nadie alarme.) *Vase*

Juana le acompaña hasta la puerta.

ESCENA X.

ANITA *y* JUANA.—*Al volverse de la puerta vá á entrar en la habitación de Anita; pero ésta sale, cerciorada ya de que Ribero ha salido, y al encontrarse con ella le entrega la carta, que Anita pónese á leer en seguida.*

JUANA. Ha dicho que volverá.
(Qué cara tan antipática,
qué manera tan fanática
y qué fátuo y necio está.)

ANITA. La Marquesa!... ¿quién mi intento
quiere truncar?... ¡Hoy soy libre
y mi afecto haré que vibre
hasta mi último aliento! *Pausa*

Mira á su alrededor y con una señal imperativa hace salir á Juana, y, cuando se ve sola, se deja caer en un sillón. Se aprieta el corazón y prorumpe en lloro, durante el cual demostrará querer y no poder hablar. A la vez llega Luís: Anita, al verle, se modera y se levanta; aprieta la carta en su mano, colocándola de modo que Luís no la vea. Éste avanza; pero al notar la actitud y aflicción de Anita se detiene, diciendo muy cortés y con dudosa persuasión.

ESCENA XI.

ANITA *y* LUIS.

LUÍS. Puede escucharme sin miedo.
Tengo concertado un lance;
y en este inseguro trance
—y como noble procedo—
he venido á ver si puedo
dar á usted mi último adiós,
y que de mi muerte en pos
no le quede ni aun memoria
de nuestra infancia de gloria
ni del amor de los dos.
Que si daño me hace á fe
que haya olvidado mi afecto,
que otro sea el predilecto
del corazón que adoré...

ANITA. Luís, consentir podré
que me olvides, que me mates;
mas no que, injusto, arrebates
honra, que á huérfana ataña,
que hiere más y más daña
que de mi amor apostates.

LUÍS. No comprendo ese lenguaje
después de la última carta
en la que el suyo descarta
hasta su postrer ropaje.

ANITA. Es verdad: ¡á qué el ambaje
si en ella se explica claro!

LUÍS. Está bien: yo le declaro
que *ella* nuestro amor acaba.

Al pronunciar la palabra *ella* enseña una carta á Anita.

ANITA. *Mostrando la que tiene en su mano á Luís*
¡Creí que de *ésta* se hablaba!
Ambos se aproximan, cambian y leen las cartas rápidamente
LUÍS. Mía!...
ANITA. ¡Virgen del Amparo!
Qué infamia!
LUÍS. ¡Te han engañado!
A ver esa letra. *Cotejándolas.* Igual!
ANITA. ¿Pero no es cierto?...
Cabal:
Ribero las dos ha dado.
Ambos arrojan las cartas al suelo
¡Tu virgen frente—malvado—
ha pretendido enlodarla!
Ayúdame á levantarla,
y verás cual cumplo yó
con quien—infame!—creyó
era tan fácil mancharla.
ANITA. De tus padres en anuencia
únanos un sacerdote;
que este enlace sea azote,
que golpee su conciencia.
LUÍS. Ahora que tu inocencia
esas palabras revelan;
ahora que en mi alma rielan
la pureza de tu amor,
al repasar con dolor
hechos que amargan y hielan;
al pensar que yo, inhumano,
me basaba en la mentira...
¡cuál mi corazón delira
por poseer esa mano,
y cómo el febril gusano

de la conciencia me roe!...
Perdona... y cual chino aloe
perfuma el remordimiento,
y haz que la dicha sin cuento
en nuestras almas se incoe.
Perdón...

ANITA. ¿No he de perdonar,
si eres mi bien, mi alegría?
Pues qué, ¿sin tí viviría?

LUÍS. ¡Así, Anita, óigate hablar!
¡Oh, cuán grato es el amar
un corazón virginal;
cuán precioso es el raudal
de su divina pureza!
¡Junto á tí todo es belleza,
todo es gloria celestial!
Y al contacto de tu sér,
y de tu aliento al calor,
late el corazón de amor
con verdad y con placer.
Si el hado llega á verter
de su acíbar una gota,
verás cómo siempre flota
superficial cual aceite,
porque es mayor el deleite
que de nuestras almas brota.

ANITA. Desechemos el dolor;
y en alas de la fortuna,
cumplamos una por una
las leyes del Hacedor:
aumentemos este amor
en sociedad conyugal,
y á aquel que nos hizo mal

démosle nuestro perdón,
para que en otra ocasión
también nos dén premio igual.

LUÍS. Mas antes se ha de obtener
de mis padres el permiso...
y esto me tiene indeciso.

ANITA. Algo debemos temer.

LUÍS. Y te fundas...

ANITA. Vas á ver:
quiso que amara á Ribero,
y usó de un tono severo
y amenazóme indignada,
porque dije, mesurada,
que era tuyo (el corazón) todo entero.

LUÍS. *Mirando extasiado á Anita.*
Cuánto vales!... Y pensar
que de poco te olvidé!
Y todo, Anita, por qué?
Por á mi madre acatar.
No conoció la pobreza
y el oro la dominaba:
¿acaso el honor se acaba
cuando cesa la riqueza?
¿Es que la felicidad
solo el dinero la encuentra?
¿Por distinta puerta se entra
y goza la eternidad?
¡Metalizar el amor!
¡Ese destello divino
que nos perfuma el camino
de esta vida de dolor!
¡Ese celeste bautismo,
que nuestra alma purifica,

que en el bien nos vivifica,
que es la luz del cristianismo!
Ese amor... cuya armonía
á nuestra vida embellece,
que en el alma resplandece
y de la noche hace día.
¿Qué es el alma enamorada?
Es el perfume de rosa,
es como el arpa armoniosa
por serafines pulsada.
El amor funde dos seres
en angélica unidad:
crea el oro vanidad,
y aunque nos cede placeres,
y aparéntanos quietud,
es del crimen semillero,
es el constante bracero,
que desmura la virtud;
y aunque al feo dá hermosura
y al más patán simpatías,
dentro sus almas vacías
solo domina la usura;
las amistades falsea;
todo es ruín, material;
es el origen del mal
y él y Satán son su idea!
Desechemos el dinero,
que es germen de corrupción,
y alentemos la expresión
del «yo te amo y te quiero!»

ANITA. ¿Es verdad—contesta en calma—
que así tu ídolo soy,
y que, pobre ó rica, estoy

toda entera dentro tu alma?

LUÍS. Si ella encauza la corriente
de pasiones mundanales;
si ella reduce los males
y hace que el bien se acreciente!
En aquel humilde hogar
do la desgracia se ceba,
el alma amante se eleva
y hace la dicha brotar;
y cuando el hombre, cansado
de los trabajos del día,
busca en casa la alegría,
qué bien queda compensado
por el mimo de su esposa!
Nada envidia en este mundo,
y encuentra á cada segundo
una existencia de rosa!
Es cual el manso arroyuelo,
que escondido culebrea,
y en cuyo fondo azulea
el puro manto del cielo.
Mas aquel que empedernido
busca dicha en los salones
tras pasajeras pasiones;
aquel que siempre ha vivido
entre un mundo de impostura;
que solo se halla entre dientes
de las raquíticas gentes,
que al rededor se le amura...
todo es monótono en él,
es su vida un desengaño,
cada minuto es un año
y la dicha es un papel:

Es cual aguas estancadas
y cuyo pútrido cieno
escóndese bajo el seno
de las algas verdeadas.

ESCENA XII.

Dichos y JUANA.

JUANA. Pero señorita!...
ANITA. ¿Qué?
JUANA. Aún no ha tomado usted nada...
LUÍS. Anita!
ANITA. Estoy desganada.
LUÍS. Tómate al menos un té,
no vayas á decaer.
ANITA. Iré, pues, á darte gusto.
LUÍS. No tardes.
ANITA. El tiempo justo
para la taza beber. Vase

ESCENA XIII.

LUÍS y JUANA.

JUANA. A D. Luís con misterio
En esta otra habitación
su padre impaciente espera.
LUÍS. ¿Por qué me llama allí fuera
y no entra en este salón?
JUANA. Porque ignore, doña Anita,
que él se encuentra en esta casa.
LUÍS. Vamos á ver lo que pasa
y á qué viene esta visita.

Vanse Luís y Juana, cada uno por distinto lado

ESCENA XIV.

RIBERO *solo.*

Está esto solo: mejor.
¡Mis cartas... ah! qué traición!
Mirándolas en el suelo
Pueden tomarlo á baldón
y descomponer mi amor!
Descubierto... Maldición!...
Pero seguiré hasta el fin,
que, puesto ya en la pendiente,
cual desbordado torrente
he de arrastrar el botín
aunque me escupan la frente!
Y esto qué es?... Una escritura! La de la mesa
La ha otorgado Don Abdón!...
Es de sus bienes cesión!...
¡Adiós, sueños de ventura!
Hiéresme con tu aguijón,
oh, conciencia malhadada!...
Pero te sabré salvar:
yo tu repuesto he de dar;
ó he de sumirme en la nada,
ó he de morir ó matar!

ESCENA XV.

RIBERO *y* ANITA.

ANITA. ¿Es usted, señor Ribero?
RIBERO. ¿Pues qué usted no me esperaba?

ANITA. Creí que aquí se encontraba...
RIBERO. No prosiga usted: lo infiero.
Teniendo miedo, sin duda,
de este sitio se alejó:
cobarde la abandonó...
esta es la verdad desnuda.
¿Cómo se puede atrever
á presentarse ante mí
sabiendo que descubrí
de su abuelo el proceder?
Así, pues, olvide usted
ese nombre difamado,
y hágame sitio á ese lado: El corazón
concédame tal merced!
Ábrame el pecho amorosa,
que gozar pueda en su cielo!
ANITA. No me arrastre por el suelo:
es su pasión bochornosa.
Yo no puedo nunca amar
á quien sé que no me ama,
y que en su pecho esa llama
aún no ha logrado brillar;
porque el que adora, procura
buscar amor con afectos,
no con infames proyectos,
que el corazón no madura;
busca del alma belleza
y no bienes materiales:
éste (el corazón) forma esos caudales,
no los trama la cabeza!
RIBERO. Con profundo desconsuelo
por paz me ofrece la guerra;
está bien: vivo en la tierra,

y la tierra... no es el cielo!
Aquí abajo se comprende
la virtud igual á fuerza.
¿Quiere usted que yo la ejerza?
Es que... si mi odio se enciende,
seré cruel en mi venganza
al negarme usted su amor.

ANITA. ¡A usted le ciega el rencor,
me anima á mí la esperanza!

Luís penetra en la escena, hace un movimiento de sorpresa, y, procurando recatarse, está escuchando hasta que lo marque el diálogo.

RIBERO. Pues que ruego ni amenaza
no socaba vuestro pecho,
ha de quebrar mi despecho
esa estúpida coraza!
De sus gracias, posesión
tengo por fin que obtener;
¡ó vuestro esposo he de ser,
ó he de ser vuestro baldón!
Anita! Intenta cojerle la mano con ademán de besarla. Luís se vá aproximando.

ANITA. Rechazándole indignada. ¡Fuera esa mano!
Sea usted más caballero.

RIBERO. ¡Pues á la fuerza la quiero!

ANITA. ¡Venid por ella! Con energía y dignidad

LUÍS. Villano!

Luís, al ver la acción de Ribero, viene á colocarse á su lado y dice *Villano* con energía, y al volver la cara Ribero, Luís le dá un bofetón.—Telón rapidísimo.

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

La escena representa el nuevo domicilio de Don Abdón, de mueblaje y aspecto pobre.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, *sola*.

Ah! Por todas partes brotan
molestias y maldiciones,
y todas mis relaciones
por mi pobreza se agotan.
¡Cuánto aprende en este mundo
quien se encuentra en estos lances,
y á cuán míseros percances
es el dinero fecundo!
Si brilla una en la opulencia,
todos le prestan la mano:
¡el caudal es un arcano
de saber y de conciencia!
Te empobreces... ¡te abandonan!
La que fué tu amiga íntima
la encuentras hastiosa y cínica;
te motejan, te ajironan;

se olvidan de tu renombre,
escarnecen tu honradez,
y llevan su avilantez
hasta salivar tu nombre.
La culpa de todo, Anita:
pretenciosa y esquivana,
antojadiza... holgazana,
y del agrado maldita!

. . . .

Quise casar á mi hijo
con una rica Marquesa,
y emprendo, astuta, la empresa
con un empeño prolijo.
Noto que crece el afecto
que á Luís y á Anita liga,
y á mí, su madre, me obliga
descomponer el proyecto.
Hallo por casualidad
á ese tronado Ribero,
y feliz me considero
al darme conformidad.
Y, para obtener de Anita
su venia más fácilmente,
confiéle—malamente—
la carcomida cajita;
y cuando en nubes cernida
mi dicha fotografío,
se evapora mi navío
y caigo en el fondo hundida...
Y removerse es preciso:
posar en firme la planta,
porque el destino me espanta:
¡la sangre hirviente diviso!

Hoy, claro el destino veo:
si pierde Luís sus amores,
de pena y de sinsabores
enferma en su devaneo;
si Ribero no consigue
obtener la misma mano,
mi empresa se esfuerza en vano;
no hay quien su pena mitigue.
Son del dominio del público
sus amores con Anita
y nadie, nadie lo evita:
se esconde ó mata de súbito;
que si la deshonra zumba
en un Letrado y perdido,
no es la desvergüenza olvido,
¡hay que esconderla en la tumba!
Está encima el cataclismo...
He de afrontarlo sin miedo,
que el mal, no consigna el credo,
sea ley del fatalismo.

ESCENA II.

ELENA *y* ABDÓN.

ELENA. Y Luís?... ¿Lo has encontrado?
ABDÓN. No... y sí: mas no hay peligro,
y vengo porque denigro
su valor acrisolado.
ELENA. ¡Eso está muy bien hablado! Con ironía
¡Como de Abdón mi marido!
ABDÓN. Pero, hija, si se ha metido

de rondón en casa Anita!

ELENA. Habrá ido de visita *Con ironía*
á cobijarse en el nido.

ABDÓN. Luís, formal, me prometió
á casa volverse luego,
y de él, aceptando el ruego,
me alejé del sitio yo.

ELENA. (Aún como en cruz me juró
no asistir Ribero al duelo.)

ABDÓN. Ya tranquilo y sin recelo
un largo paseo he dado.

ELENA. Cómo te habrás mareado... *Con maliciosa ironía*
¡Eres un padre modelo! *Pausa*
Remuérdete la conciencia,
según tu rostro revela.

ABDÓN. Mi semblante solo riela
heces de mundana ciencia.
Al caer de la opulencia,
el orbe se ha descarnado,
y á la vista me ha mostrado
su ruindez y mezquindad.

ELENA. Dí mejor que la amistad,
por tu culpa, te ha dejado.

ABDÓN. No pienses tal.

ELENA. Sí.

ABDÓN. Te dije
que al orgullo no te entregues.

ELENA. Pues nunca razón me niegues,
que es muy buena se colije:
la probidad te dirije,
paz te imbuye tu nobleza;
pero, ante el mundo, es torpeza
ser frágil de corazón...

y por tan falaz razón
pierden muchos la cabeza.

ABDÓN. Tus ideas no desmiento:
pero el que cuentas no debe
ni al cielo, ni al mundo aleve,
guíale otro sentimiento,
y tiene el convencimiento
de que, al obrar en conciencia,
es solo la Providencia
quien sus actos juzgará,
y nada le importa ya
de este mundo la demencia.

ELENA. Pues estoy muy disgustada
por ese modo de ver:
yo, siempre me gusta ser
á todo trance encumbrada.
Considero una bobada
escrúpulos tan santones:
la mejor de las razones
es tener mucho dinero.
El honor!... aislado cero
ó una empresa sin acciones.
No cesaré de gritar
que obraste muy poco cuerdo
cuando cumpliste tu acuerdo
de tus fincas entregar.
Es el más grande pesar
que en nuestra vida has labrado,
el que te hayas subyugado
á esa mísera rapaz,
cuya desvergüenza audaz
hubiera abofeteado.

ABDÓN. Si eran suyas.

ELENA. ¿Quién lo dice?...
Debiste oponer demanda;
y como el dinero manda
y ella es pobre... se predice,
sin que el deber se analice,
que hoy no estuvieras así.
Te falta mucho de aquí. *La cabeza.*
ABDÓN. ¿Y qué hubieras conseguido?
¡Ser del bueno aborrecido!
ELENA. Hoy ya lo estás tú de mí.
ABDÓN. ¡Para amargar más mi vida
solo faltaba tu orgullo!
¡Siempre imitas el murmullo
de la gente corrompida!
¿Por qué, desagradecida,
hoy criticas mi pobreza?
¿Pierdes, acaso, nobleza
al volver á lo que fuiste?
En tí la igualdad persiste;
¿y á ese acto llamas bajeza?
Por qué?... ¿por la oscuridad
en que nos hemos sumido?
¿Acaso no es más temido
vivir en la befedad?
¿No es mejor la claridad
que nos presta la natura,
que esa luz que oscila impura
en las arañas doradas,
si entre nubes perfumadas
alumbra la corruptura?
ELENA. Befedad!... Dime, y por qué?
¡No es más que un trato social!
ABDÓN. Es el escarnio verbal;

bien á mi pesar lo sé!
Do vaya uno, allí ve
lo contrario que aseguran;
todos detrás se murmuran;
delante, venga agasajos,
y si pueden... ¡á desgajos!
de sus promesas abjuran.
¿Qué debes, pues, esperar
de tan falsa sociedad?

ELENA. Es una calamidad,
que do vayas la has de hallar.
No te llegues á pensar
que la pobreza la excluye;
si pobre del rico huye
y la maneja otro igual...
Y no deja de hacer mal
aunque es al pobre al que afluye.

ABDÓN. Puede ser; pero es muy cierto
que es más tranquila la vida.

ELENA. No me encuentro convencida;
esto parece un desierto.

ABDÓN. Antes prefiero ser muerto,
que ser rico sin honor!

ELENA. No sé qué fuera mejor;
pero puedo asegurarte
llegaría hasta halagarte
el recobrar tu explendor. *Vase incomodada*

ESCENA III.

D. ABDÓN *solo.—Señalando á su esposa y con amarga expresión.*

¡No se acuerda que es madre y que es esposa!
Todo materia en su organismo impera;
de orgullo y vanidad todo lo espera;
no admite mi moral por bochornosa,
y en el fausto, ¡su dicha cifra entera!
¡Todo en la sociedad se necesita!
éste la paz y soledad adora,
aquél la guerra y bacanal devora;
ya actividad, ya holganza le concita,
resultando una máquina motora.
La impulsa Dios con soplo omnipotente;
no hay quien su acción dinámica coarte;
el bien y el mal á voluntad reparte;
ya arroja al orbe seres de repente,
ya en su engranaje los engancha y parte.

. . . .

Es cada sér un ígneo aereolito,
envuelto en huracán vertiginoso,
do se apartan y chocan, sin reposo,
¡odio y afecto, hastío y apetito;
el crimen y virtud, pobre y coloso!

. . . .

Ayer de bienandanza la aureola;
hoy la humillación y la pobreza:
antes, de mi mujer mimo y terneza;
aversión y desprecio ahora arbola:
el goce se acabó; la pena empieza.

Dirigiéndose al cielo.

Ya que implacable el hado me persigue
y se ceba en un viejo tan inerme,
no permitas que un átomo se merme,
ni de Luís la vida se atosigue,
ni enfríe su esperanza, ni se yerme.
Luís!... ¡Ah, hijo del alma querido!
Ofrenda espiatoria de tu abuelo;
mártir de mi honradez y de tu celo,
ven á mi corazón triste y dolido,
que en pedazos desgaja el desconsuelo.

ESCENA IV.

ABDÓN, ANITA *y* JUANA.—*Anita, al llegar á la puerta, ve á D. Abdón llorando y se arroja en sus brazos precipitadamente, dándole en la frente un beso.*

ANITA. ¿Por qué lloras, padre mío?
ABDÓN. ¿Y mi Luís, cómo está?
ANITA. Ahora mismo llegará:
no es hora del desafío.
ABDÓN. Tu rostro, Anita, lacera
mi pecho de cruel dolor.
Si yo pudiera...
JUANA. Señor,
mi pensamiento emitiera...
mas... no me atrevo...
ABDÓN. Por qué?
JUANA. Si al señor yo no faltara...
ABDÓN. Nada temas. Elena escucha recatadamente
JUANA. Es muy clara

y en pocas frases diré.
Existe, y todos conocen
los tallos de un puro amor:
sea usted su protector
dejando que unidos gocen:
permita que á fe de esposos
las familias unifiquen,
y en su seno vivifiquen
los placeres más hermosos.
Y al verlos ya tan felices
la dicha le embargará
y con creces pagará
estos cambios de matices.

ABDÓN. Ah, Juana!... Cómo te engaña
ese cariño profundo!
No ves que el crítico mundo
me tildara con su saña?
Nunca!... Jamás!... Creerían
me movía el interés,
y, aunque te consta al revés,
mi semblante escupirían.

ESCENA V.

Dichos y ELENA.—*Anita al ver á su madre corre á besarla y Abdón se queda hablando con Juana.*

ANITA. Un beso!

ELENA. Sepas, Anita, *Con gazmoñería*
te has portado mal conmigo
y mereces un castigo.
Es nuestra pena infinita!

ANITA. También mi pecho lamenta
y sufre que no es decible.
Qué situación más horrible
la de esta lucha!... qué cruenta!
Ventilé mi juramento;
castígame, tuya soy,
á la pena alegre voy:
de ella mi pecho es sediento.

Anita y Elena continúan simulando la conversación

ABDÓN. Y que es muy anciano, dices, A Juana
de Ribero su tutor
y que ya está sabedor
de estos lances infelices?

JUANA. Cuántas preguntas me ha hecho! Asintiendo
Que varón tan justo y santo!
Buen resultado adelanto
aun de Ribero á despecho.

ANITA. Ayúdame, madre mía, A Elena
y haz que padre lo consienta.

ELENA. Al debate he estado atenta
y has de lograrlo á fe mía.

Dirigiéndose á D. Abdón

Rienda das á tu egoísmo
y sacrificas dos seres?
Vamos, Abdón, dí que eres
un mártir del espejismo...
Espejismo: pues simulas
una teoría falaz:
Abdón, desechas la paz
y en disculpas te fabulas?
y prefieres orgulloso
apaciguar tu conciencia,
y abandonas la inocencia

y le niegas su reposo?

ABDÓN. Imposible!

JUANA. Ceda usted:
es poderosa razón.

ABDÓN. Excitáis mi indignación
al pedirme tal merced.
Si en la opulencia me hallara,
no lo dudéis, lo confieso,
de mi voluntad el peso
en su favor declinara.

ELENA. Sacrifica tu opinión.

ABDÓN. ¿Y quieres que la inocencia *indicando á Anita*
tenga opresa la conciencia
al heredar mi baldón?

ANITA. ¡Padre mío, por piedad!....
No. Me sacrificaré.
Mis... tus bienes emplearé
en obras de caridad.

ELENA. (De ese modo no transijo,
que no cabe en mi cabeza
casar en loca torpeza
á una pobre con mi hijo.)

ANITA. Cumplido ya el juramento, *Con sentimiento*
si esta unión no es de tu agrado *A Abdón*
mi destino está forzado
á ingresar en un convento;
que allí con la faz honrada
siempre grata á los favores,
á Dios por mis bienhechores
he de rogar resignada.

ESCENA VI.

Dichos y LUÍS.

LUÍS. (¡Anita!! Qué compromiso!)
Has venido muy de prisa. Aparte á Anita
Hace una señal á Juana para que se retire
JUANA. (Sirvo ya de cortapisa?
Hecho viene en decomiso.) Vase
ELENA. Pues qué, Luís, no te sientas?
LUÍS. Es que esperan en la calle...
ABDÓN. (La razón, sin fuerza falle.)
LUÍS. (Corazón!... que me atormentas!)
ANITA. Entonces... ¿á qué has venido?
LUÍS. De hijo á cumplir un deber;
como cristiano á obtener
de mis faltas el olvido.
ELENA. No te moverás de aquí!
ANITA. Eso fuera una locura.
ABDÓN. (Dios mío!... qué desventura!)
ELENA. Interponiéndose entre la puerta del foro y Luís
Antes que á mi hijo, á mí!
ANITA. ¿Ves tu madre?... no te bates!
Tu vida la pertenece!
Si te es preciso aborrece...
aunque estos latidos mates! El corazón
Es tu sangre muy leal:
no la equipares ahora
con la vil y la traidora
de ese maldito rival.
No aumentes el desconsuelo
de nuestra madre abatida.

Luís!... peligra su vida!

Con arranque enérgico

¡Tú no vas, no vas al duelo!

LUÍS. Padre!!!...

ABDÓN. Oid: esto es un hecho,
y la palabra empeñada.
Es preciso esta jugada
ó el honor queda maltrecho.

ELENA. Abdón... me has hecho un vacío...

Apretándose el corazón

un dolor... un no sé qué...
Luís!... si aún te queda fé,
mírame bien, hijo mío!
No te acusa la razón
que tu conciencia está lesa?
No tengo en el rostro impresa
la falta del corazón?...

LUÍS. Arrojándose en brazos de Elena

Madre!... no puedo quedar:
vuestro honor está ultrajado,
y que permanece honrado
quiero al mundo demostrar.

Se desprende de su madre y se arrodilla ante su padre

Padre, vuestra bendición!

ABDÓN. Lucha dolorosamente entre bendecirle ó no, pero al fin lo bendice, diciendo:

Aunque el corazón me trunca!
Al honor no faltes nunca...
mantenlo, Luís, con tesón! Levantándole
(Mi alma se vá en pos de tí.)

Luís vá á despedirse, pero Anita le detiene

ANITA. Quédate, Luís, por Dios!
O vamos allá los dos,

ó no te marchas de aquí.
Es mi dilema formal:
ó las dos vidas guardamos,
ó entrambas sacrificamos
solo á un golpe de puñal!

Suenan las tres en un reloj de torre

LUÍS. Suelta, suelta... que es la hora
y á todo me hallo resuelto!

ANITA. Aunque me mates, no suelto!

LUÍS. Que me estás perdiendo!...

Se desprende por fin de Anita, y al tiempo de ir á salir:

RIBERO. Apareciendo y desde el dintel de la puerta foro: Ahora!

ESCENA VII.

Dichos y RIBERO.

ANITA. Al oir á Ribero coje apresurada á Luís, queriendo ocultarle con su cuerpo y diciendo con energía á Ribero

Conmigo podrá saciar
ese instinto... impulso báquico,
que de sangre está tan ávido!
¡Venídmelo á arrebatar!

RIBERO. Con sonrisa irónica.

¡Qué inocente candidez!
En la cara le escupiera!....

Luís se desprende de Anita, pero se interpone Elena

ELENA. Soy para usted la barrera á Ribero
do se estrella la altivez!

RIBERO. Midiendo á Elena con la vista, y con desprecio y saña

Imposible me parece
que interponga su presencia,

siendo así que su conciencia
al más honrado enmohece!

LUÍS. Menguado!

ANITA. Luís!....

ELENA. Quieto aquí.

ABDÓN. Señor Ribero..... más calma.

RIBERO. Y cómo!... cómo, si mi alma
no encuentra frases así!
No quiere que de esta suerte
me produzca ante su saña?
Otro que no yo, acompaña
á sus palabras la muerte.
Infundiéndome esperanza,
arrójame al torbellino,
y en mitad de mi camino
al propio abismo me lanza.
Ante el mundo me pervierte,
de mi honor se mofa ahora,
y en visos de protectora
en verdugo se convierte.
Arrástrase cual culebra,
por dar pasto á su avaricia!....
Por eso, pues, soy justicia
que su conciencia atenebra!

ESCENA VIII.

Dichos y EL DOCTOR.

LUÍS. Miserable!

ANITA. Por piedad!....

Vuelve la vista y viendo al Doctor que va hacia ellos, le suplica

Quieren batirse, señor!

DOCTOR. Calma, calma, por favor!
(Yo mando: tranquilidad.) *A Anita*
Quién autoridad te dió *A Ribero*
para batirte, Ricardo? *Este baja la cabeza*
La contestación aguardo!

RIBERO. *Sin levantar la vista.*
Padre... me abofeteó!

DOCTOR. Advierte, Ricardo, advierte...
no hay razón que á ello te abone:
no se olvida ni áun pospone
al que te arrancó á la muerte.
Cinco años, ten, tú, memoria,
apenas de edad contabas,
y ya huérfano te hallabas:
tu desgracia era notoria.
¿Quién eras?... no lo sabías:
ni áun recuerdas tu apellido,
que perdiste adormecido
cuando creyeron morías.
Yo te adopté: no te asombre!
Qué... no me quieres por padre?
Pues aunque bien no te cuadre
llevas mi apellido y nombre!
Levanta la frente... escucha:
conozco toda tu vida;
sé que está comprometida
por incomprensible lucha.
Te subyuga una pasión
que no es amor, es cariño,
y que tú... hombre cual niño,
la sigues sin reflexión.
Eres letrado y conoces

la fuerza de tu adopción:
la ley me dá la razón;
mis sacrificios..... tus goces.

RIBERO. Es que mi honra, ultrajada
y manchada está de lodo,
y á mi deber acomodo
de esta vida la jornada.

DOCTOR. Crees, tú, que el Redentor,
sobre la cruz espirando,
se rebajó, perdonando
al pueblo, su matador?
Y tú, que no has recibido
tal afrenta, te orgulleces,
y á la vista empequeñeces
porque no obras con sentido;
porque el odio te domina;
cedes á la tentación
y no piensas que el perdón
embalsama y no abomina.
¿Y quieres dejarme el llanto
al postre de mi existencia?
¡Ricardo, ten, ten clemencia,
que te quiero tanto... tanto! *Pausa*
El azaroso destino,
en tiempos calamitosos,
á dos felices esposos
trajo luto repentino.
Un hijo, de dos que habían,
del cólera se murió,
y, al perecer, se dejó
dos vidas que fenecían.

Coje la mano de Ribero y, uniéndola á la de Anita, dirá:

La pulsación en las manos, *Admiración de todos*

¿no observais cómo coincide?
¡En vuestras venas reside
la sangre de dos hermanos!

ANITA. ¡Tú mi Ricardo!...

RIBERO. Es posible!...

ABDÓN. ¿Cómo pudo suceder?...

ELENA. Yo no llego á comprender...

DOCTOR. ¡Sí que parece increíble!
Por láudano adormecido,
quien por muerto se contó,
ante mí resucitó
y por mí fué recojido;
mas al tratar de inquirir
de sus padres y su hermana,
supe era huérfana Ana
y se acababa de ir.
¡Tanta inútil diligencia
buscando su paradero,
y hoy me ha mostrado el sendero
la bendita Providencia!
En aquella caja y pliego, *A Ribero*
que con tanto afán leías,
tus ascendientes veías...
la aberración te hizo ciego.
Ea; el parabién, la alegría!

ANITA. Ya que, pues, hermanos somos,
olvidemos los asomos
de encono que nos hería.
Con este fraterno lazo
la conciencia acallaremos,
y el afecto anudaremos
dándonos un tierno abrazo.

Vá á abrazar á su hermano, pero éste la detiene y dice al Doctor: *Anita se sienta llorando.*

RIBERO. Padre... el corazón humano
es tan fácil de engañar...
¿qué es lo que puedo esperar?

DOCTOR. El perdón!

RIBERO. Dame tu mano. *La toma y besa*
Don Abdón, mi lengua osada
esas canas ultrajó,
perdone, pues se guió
de mi conciencia embriagada!

Abdón y Ribero se estrechan las manos y abrazan

A Luís Perdóneme usted también,
y á mi hermana cuide mucho!

Duda entre abrazarle ó no, pero viendo que Luís le abre los brazos, se decide con efusión.

(No sé si aprecio ó si lucho
con mi honra y el desdén!)
Doña Elena... en cuanto á vos
lo pasado... le perdono.

Vá á marcharse, pero Anita lo nota y se levanta apresurada, diciendo llorosa á Ribero:

ANITA. ¿Y á mí? *Tendiéndole los brazos*

Ribero se detiene, manifestando en su rostro la desesperación de su alma. Lucha con profunda emoción entre besarla ó no la mano, pero de pronto le ocurre una idea, que ha de hacerse ver al público es de efecto trágico y dice llevándose la mano á un bolsillo:

Nó... de honor blasono!...

TODOS. Ricardo!....

Esta palabra le vuelve en su acuerdo, pero de súbito se desprende de ellos y se aleja precipitadamente diciendo:

RIBERO. Por siempre adios!

Todos los demás personajes se quedan suspensos al ver esta decisión: por fin se aprestan algunos á seguirlo y al ir á hacerlo suena un tiro en el interior, que dá lugar á una exclamación de dolor por parte de los mismos. Cuadro á discreción de los actores.—Telón rapidísimo.

Fin del drama.





